

**La Identidad Nacional y el 17 de Octubre**  
**Reflexiones en torno a**  
***El hombre que está solo y espera***

*Mario Diéguez\**

\*Mario Dieguez

---

Integrante del Centro Provincial para la Patria Grande. Lobos.



La historia dice que *El hombre que está solo y espera* fue pensado durante toda una vida y escrito en solo un mes del año 1931, apenas iniciada la Primer Década Infame en Argentina. Confesión de partes de su autor, Raúl Scalabrini Ortiz, integrante de FORJA y uno de los primeros pensadores que, cuando la mayoría de los intelectuales vernáculos elucubraba en perfecto inglés, tuvo la certeza y reveló la existencia de una identidad nacional única e intransferible.

Sin dudas, sería sumamente interesante que el pensamiento argentino retomara aquella profunda e inigualable reflexión hecha por Scalabrini Ortiz, ya que ello nos permitiría la abstracción del “Hombre de Corrientes y Esmeralda” y así saber cómo es hoy; cuál es su actual geografía; hacia dónde evoluciona; en qué condiciones vive; qué adjetivos le caben a su sustancia cuando el paisaje sigue siendo una planicie melancólica, ahora atravesada por nuevas furias, menos nostalgias, flamantes desencantos y tristezas difícilmente repetibles. Claro que esa tarea excede los límites de este artículo y tal vez, ¿por qué no admitirlo?, las posibilidades neuronales de quien lo escribe.

“En el pulso de hoy late el corazón de ayer, que es el de siempre”, decía Scalabrini Ortiz. Y ese pulso, aliento que Dios exhaló solo en esta entrañable porción del planeta a la que la voz de la tierra le dio el nombre de Pampa y la del arbitrio humano denominó Argentina, aún vive y, pese a todo y contra todos, resiste con voluntad arltiana a los embates recurrentes de generaciones enteras de cipayos que intentan apagarlo. Ese mismo pulso, “el de siempre”, nos dice que el hombre ya no está solo ni espera, sino que va en la búsqueda permanente de un mañana distinto y mejor para todos. Veamos por qué.

Hacia 1931 el “espíritu de la tierra” era una intuición certera, producto de ese don que nos caracteriza, que es lo que nos lleva a no conformarnos con lo meramente empírico, sino a buscar en la invisibilidad de los sentimientos y de las emociones a la hora de reconocernos como entidad concreta, como habitantes únicos de esta parte del mundo. Aquel “hombre gigantesco” de Scalabrini Ortiz (adivinadas fugazmente sus formas solo en la “muchedumbre innúmera”) se concretizó por vez primera el 17 de Octubre de 1945 y desde entonces, transformado por sí y su prepotencia, por derecho arrebatado a las minorías ilustradas, cipayas y europeizantes, en Sujeto y Objeto de la Historia, reaparece cada tanto como reacción natural a la acción devastadora de la antipatria que cíclicamente ataca la Nación en sus cimientos.

La bibliografía referida al 17 de octubre de 1945 es más que abundante y firmada por prestigiosos historiadores; sociólogos de fuste también se han dedicado al estudio de este fenómeno bisagra de la vida argentina; y por

supuesto, los “todólogos” que nunca faltan aportaron lo suyo en decenas de ensayos bien o mal intencionados que sirvieron (¿por qué no?) para enjaezar la realidad con ficciones rayanas con lo increíble. El 17 de Octubre se llenó de padres, aunque lo único cierto es que desparramó a sus hijos a lo largo y ancho del país como el sol que sucede a las tormentas y extiende su claridad metro a metro sobre la tierra.

Extraño sino el del 17: fruto de la espontaneidad, hecho concreto, innegable, indiscutido; Suceso Argentino por antonomasia, aún se lo persigue como a una utopía y se declaman e intentan reediciones que invariablemente abortan por defectos de origen. Claro: solo se nace una vez. Y aquel día, Argentina dio a luz a su Pueblo.

Pasado el 17 de Octubre, ese “arquetipo enorme que se nutrió y creció con el aporte inmigratorio, devorando y asimilando millones de italianos, de ingleses, de franceses...”, de a poco fue variando el menú, ya que el proceso de industrialización, los planes quinquenales y demás políticas nacionales de crecimiento implementadas por el gobierno de Juan Domingo Perón, no solo atrajeron nuevas oleadas de hambrientos de la pos-guerra europea, sino que fue también una irresistible tentación para inmigrantes de países vecinos como Paraguay, Perú o Bolivia. Simultáneamente, se dio otro fenómeno inédito hasta entonces: las corrientes migratorias intestinas que fueron asentando a miles de connacionales en las afueras de la metrópoli portuaria, dando origen al actual Conurbano Bonaerense que ya no es lo que fue (tres cordones industriales perfectamente reconocibles) sino que, a fuerza de golpes, tropiezos y caídas, devino en un conglomerado de casas de material diverso (según las épocas: ladrillo, chapa, madera o cartón) donde se hacían hasta tres generaciones de argentinos. Eso sí: este “hombre gigante” sigue siendo idéntico a sí mismo (como aquel, alimentado solo por europeos) y a pesar de todas las tragedias, las grandes, determinadas por la Historia y las pequeñas, originadas en las miserias cotidianas, aún sabe dónde va y qué quiere.

Este “Espíritu de la tierra” hecho Hombre, presente en la Plaza, Descamisado con sus gritos y pancartas, sentado al borde de la Fuente, trepado a camiones y colectivos (en realidad, millones de hombres y mujeres de pie, testigos y a la vez, protagonistas), tangibilizó también una conciencia que dejó de ser inaccesible para nuestra inteligencia. Esto determinó una reafirmación de los sentimientos y las emociones y por ende, de esa alquimia inexplicable que nos permite reconocernos como argentinos; vínculo más fuerte aún que la conciencia de clases (que, por otra parte, también se solidificó).

Lógicamente, esto puso en guardia al enemigo (los cipayos de siempre) que, después del impacto inicial, comprendió la trascendencia y los alcances de esa nueva conciencia, revelada y rebelada y comenzó a trabajar perversa e incansablemente por el quiebre de esa naciente voluntad.

Tarde se enteraron de que era tarde. Igual desataron su furia homicida y bombardearon la Plaza y fusilaron en los Basurales. Pero como en los versos del Miguel Hernández de cada herida brotó una sangre nueva que se multiplicaba y daba vida a nuevos brazos prestos para la Resistencia. El Pueblo estaba vivo y aún innostrado y proscrito, su aliento recorría las calles pintado en las paredes.

El "aluvión zoológico" pasó a ser "incorregible" y los personeros de la antipatria, concientes de la imposibilidad de tapar el sol con sus manos, intentaron desdibujar el perfil del Hombre pensado por Scalabrini Ortiz y corporizado el 17 de Octubre, mediante lo que, entrados los '60, se dio a llamar el "ser nacional". La falacia intelectualoide derivó en debate y sesudos trabajos devinieron en libros que el Pueblo, con buen tino y seguro en sus profundas convicciones, ni siquiera leyó. El Hombre de Corrientes y Esmeralda dejó la esquina, caminó otras calles, visitó nuevos patios y distintos zaguanes, recorrió los cuatro puntos cardinales más allá de la General Paz y siempre reconoció su rostro, el mismo gesto, idéntica voluntad. A la vez, se dio una solida formación que sustentó y fundamentó sus pensamientos y muchas de las dudas de los '30 fueron certezas, más allá de la modernidad con su collage de psicodelia y militancia, de panfleto y poesía, de realismo y magia. El hombre que estuvo solo y esperando, no era otro; era el mismo, aunque cada minuto vivido, entre abrazos y desencuentros, entre exilios, regresos y pertenencias, entre goces y tragedias, lo fue haciendo diferente.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda, que se reconocía en su Pampa y en lo que lo hacía distinto a los inmigrantes, intuyó también, vaya genio el de Scalabrini Ortiz, que el Estado era parte indisoluble de su cosmogonía. Aún respetando la iracundia y la constancia rebelde de los recién llegados anarquistas, el Hombre estaba solo y esperaba otra cosa de eso que no sabía definir muy precisamente pero que estaba ahí, como posible solución a muchos de sus problemas, como remedio para casi todas sus necesidades (que no eran tantas, si tomamos en cuenta su "riqueza ingénita").

Como no podía ser de otra manera, el "Espíritu de la tierra" concretizado el 17 de octubre de 1945, el Pueblo recién nacido se dio un Estado. Y tuvo la sabiduría (ingénita también en el argentino aunque algunos se hagan los distraídos y hablan de "viveza criolla") y el coraje de darse un Estado Justo, Libre y Soberano, distinto a todos, único e irrepetible. Un Estado que, utilizando la ciencia química que tanto entusiasmaba a Scalabrini Ortiz, fue una sustancia gaseosa en la atmósfera nacional desde tiempos de San Martín y que, pasado el 17 de Octubre, cobró cuerpo para dar cauce a la potencialidad del país en las más diversas formas. Comunicaciones, cultura, energía, salud, vivienda, trabajo, educación; todo ahí, al alcance de la mano, a disposición. Un Estado que hasta emocionalmente fue semejante al Hombre, al punto de de-

clararse Neutral razonando sabiamente “¿y yo que tengo que ver con esto?”. Un Estado tan peligroso como el Pueblo según la óptica del enemigo. Así, entonces, la antipatria no solo destruyó al Estado Protector, sino que además lo convirtió en Criminal y Delictuoso, a efectos de convencernos de que el Estado es nefasto en sí mismo. De esta manera inician, a principios de los '90, la Segunda Década Infame en Argentina que, gracias a Dios y la voluntad del Pueblo, hoy está boqueando su último estertor. Pero esa ya es otra historia, de la que no voy ocuparme en este artículo, ya que de nuestro presente surgen más preguntas que respuestas y cada interrogante abre la puerta de una nueva incógnita, de una reflexión inédita que nos lleva, a su vez, al descubrimiento de otras ignorancias, más profundas.

A modo de conclusión, diremos entonces que si hablamos de Identidad Nacional, debemos remitirnos, sí o sí, inexorablemente, al 17 de Octubre de 1945 ya que en ese día (y no en otro) y a partir de sus desvelos existenciales, incluidos los de Scalabrini Ortiz, el Hombre Argentino se construyó a sí mismo, se dio gestos, modos, formas, métodos de lucha y subsistencia, palabras inalienables, guiños y complicidades intransferibles y hasta un Estado y una doctrina política única, capaz de realizarle sueños y utopías. Y esto, lejos de ser una definición ideológica, es un dato inexcusable de la realidad, innegable aún para el observador más reaccionario.